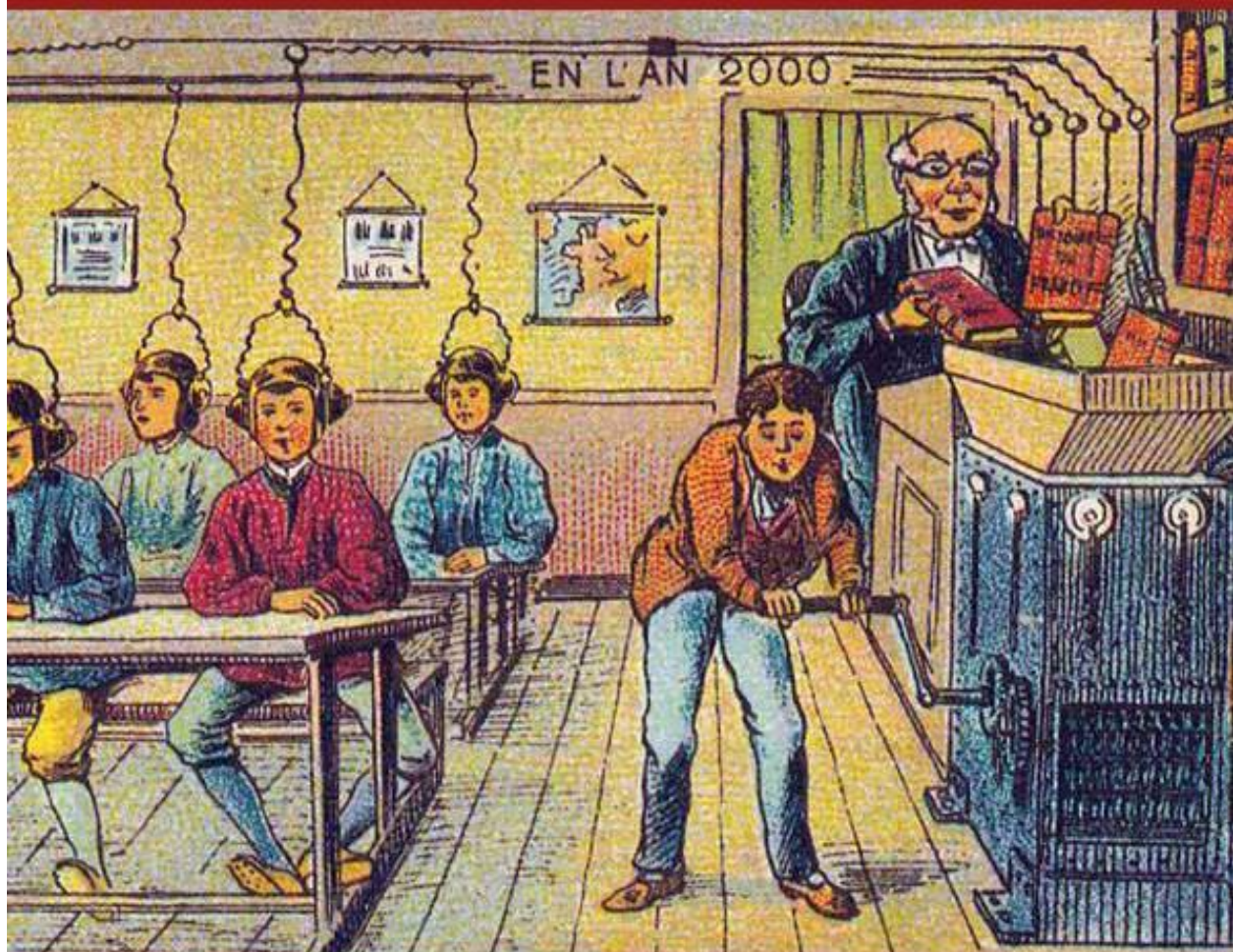


Asociación de Historia Contemporánea  
Actas del XIV Congreso

*DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES*  
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)  
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

*Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)*

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

# OTAN SÍ, BASES FUERA: EL ANTIAMERICANISMO EN LA ESPAÑA DE LOS OCHENTA

Coral Morera Hernández  
(Universidad de Valladolid)

## Introducción

España entró a formar parte del panorama internacional de la mano de EE. UU. a través de la firma de los Pactos de Madrid en 1953. Las circunstancias que rodearon a aquel momento se relacionan con dos aspectos de gran consideración. Por una parte, tuvieron lugar durante la dictadura de Franco, y por otra, se gestaron durante el clima internacional de Guerra Fría. El símbolo de aquellos pactos se plasmó con el abrazo entre Franco y Eisenhower en el aeropuerto de Torrejón de Ardoz durante la visita del mandatario norteamericano a España en diciembre de 1959. Esa imagen quedó grabada en la retina de buena parte de la opinión pública española, quien, a partir de aquel momento, inició un sentimiento de profundo antiamericanismo: EE. UU. ayudaba a apuntalar la dictadura franquista. Dicho sentimiento se relaciona asimismo con la implantación militar directa en España, que de hecho, pasó a convertirse en una de las claves fundamentales para interpretar las relaciones de EE. UU. con España<sup>5399</sup>.

Sin embargo, estas circunstancias pueden analizarse desde otra perspectiva, como así ha hecho el profesor Portero, quien sostiene lo contrario. No sólo España no quedó sometida a EE. UU. sino que el país norteamericano pasó a convertirse en una especie de *padrino* de la democracia nacional. Precisamente sobre el papel que jugó EE. UU. en el proceso de democratización, Portero insiste en que los pactos del 53 no deben enmarcarse en un proceso de sometimiento sino en la estrategia que diseñó EE. UU. para facilitar la normalidad política en España, al margen de los intereses que las bases suponían para la potencia norteamericana, y de la manera de hacer frente a la amenaza soviética: «La aproximación europea de EE. UU. hacia España la encontramos en que el Pentágono no diseñó una organización de sus fuerzas en España determinada por la relación bilateral. Bien al contrario, la enmarcó en el conjunto de su despliegue europeo»<sup>5400</sup>.

---

<sup>5399</sup> Para conocer las relaciones bilaterales entre ambos países pueden consultarse las siguientes fuentes: William CHISLETT: *España y Estados Unidos: En busca del redescubrimiento mutuo*, Madrid, Real, Instituto Elcano, Ariel, 2005. Lorenzo DELGADO y María Dolores ELIZALDE (coords.): *España y EE. UU. en el siglo XX*, Madrid. CSIC, 2005. Carlos ELORDI: *El amigo americano. De Franco a Aznar: una adhesión inquebrantable*, Madrid, Temas de Hoy, 2003. Encarnación LEMUS, «Los Estados Unidos y la imagen de la situación española en vísperas de la transición política», *Historia del presente*, 11, (2008), pp. 97-110. Antonio NIÑO, «50 años de relaciones entre España y EE.UU.», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense de Madrid, (2003), pp. 9-33. Benny POLLACK y Graham HUNTER, *The Paradox of Spanish Foreign Policy. Spain's International Relations from Franco to Democracy*, Londres, Printer Publishers, 1987. Charles POWELL, *El amigo Americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2011. Phillip W. POWELL, *Tree of hate: Propaganda and Prejudices affecting United States Relations with the Hispanic World*, California, Ross House Books, 1985. Fernando TERMIS SOTO, *Renunciando a todo. El régimen franquista y los Estados Unidos desde 1945 hasta 1963*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005. Ángel VIÑAS, *En las garras del Águila: Los pactos con EE. UU. de Francisco Franco a Felipe González, (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003.

<sup>5400</sup> Florentino PORTERO, «El régimen franquista y EE. UU. de enemigos a aliados», en: Lorenzo DELGADO y María Dolores ELIZALDE (coords.): *España y EE. UU. en el siglo XX*, Madrid. CSIC, 2005, (pp. 141-155), p. 146.

Los pactos firmados en septiembre de 1953, de carácter bilateral, se llamaron de «Ayuda para la Mutua Defensa entre EE. UU. y España, Defensivo y de Ayuda Económica», y obligaron a España a realizar una serie de concesiones en cuanto a su soberanía. EE. UU. tenía licencia de libre utilización de las bases aéreas y navales en España sin previa autorización. Otro aspecto que nos ayuda a entender los problemas que ocasionarían dichos pactos está relacionado con que algunas bases eran nucleares. España recibía a cambio una contrapartida económica y militar. El dispositivo diseñado por el Pentágono incluyó las bases de Rota (Cádiz), Morón (Sevilla), Torrejón de Ardoz (Madrid) y Zaragoza, y las ayudas económicas ascendieron a 125 millones de dólares.

En el período comprendido desde 1953 hasta 1975, entre España y EE. UU. cristalizó una relación, fructífera pero no siempre amistosa, de la que sin embargo ambas naciones salieron beneficiadas. Años después, la herencia dejada por los Pactos de Madrid desembocó en lo que se convertiría en uno de los mayores debates de la Transición: las bases y la integración española en la OTAN. Ambas cuestiones coincidieron además con el nacimiento de los movimientos pacifistas.

Proponemos una revisión bibliográfica sobre el tema que permita contextualizar la controvertida relación entre España y EE. UU., así como el análisis sobre la utilización del antiamericanismo como estrategia electoral en la década de los ochenta.

## **Democracia, OTAN y Tratado**

No fue hasta 1976 una vez muerto Franco, cuando se revisaron los convenios y por primera vez el rango jurídico del Acuerdo recibió la categoría de Tratado. El nuevo «Tratado de Amistad y Cooperación hispano-estadounidense» se firmó en enero de 1976, entre José María Areilza, ministro de Asuntos Exteriores, y Henry Kissinger, secretario de Estado, bajo el nuevo marco democrático de la política española de monarquía parlamentaria con el Rey Don Juan Carlos como Jefe de Estado y bajo la presidencia de Carlos Arias Navarro.

Los objetivos fundamentales que se le presentaban a España durante la Transición tuvieron que ver con la entrada en la Comunidad Económica Europea, la elaboración de una nueva política de seguridad y defensa, y la necesidad de diseñar una política en torno a cuatro temas: una transformación de las relaciones con EE. UU., el proceso de negociación para ingresar en la OTAN, la democratización de las Fuerzas Armadas y el desarrollo de un plan estratégico nacional donde quedasen definidas las amenazas, objetivos, respuestas y recursos en materia de defensa y seguridad nacional<sup>5401</sup>.

Fue quizá el apartado relacionado con la entrada de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), lo que definió un escenario complicado sobre el que iniciar un debate parlamentario por el rechazo de los partidos de izquierda y el de gran parte de la opinión pública.

---

<sup>5401</sup> Para contextualizar las relaciones con Estados Unidos durante este período pueden consultarse las siguientes fuentes: Encarnación LEMUS y Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES, «Transición y política exterior (1975-1986)», pp. 517-538, en: Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel Historia, 2003. Otras fuentes sobre la política exterior española y el proceso de la Transición democrática son: Charles POWELL, *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001. «La dimensión exterior de la transición política española», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 18, mayo-agosto, (1994), pp. 79-116. «Política exterior y de seguridad de España», *Anuario internacional CIDOB*, 1, (2002), pp. 29-40.

Veinticinco años después de la firma de los Pactos de Madrid, la relación entre ambos países necesitaba de una reforma que definiese un modelo distinto al acordado por Franco, aunque sólo fuese por una mera cuestión de higiene política, y era obvio que cualquier reminiscencia con la dictadura resultaría pernicioso. EE. UU. quizá no alcanzó a entender esto. España estaba iniciando un proceso democrático, aunque EE. UU. no lo percibía así del todo, sobre todo tras episodios como el del 23F, y quería formar parte del panorama internacional del que había sido excluida, para lo que empezó a diseñar una política exterior nueva. Un amplio sector de izquierda y de buena parte de la opinión pública no consideraba necesario que se debiera continuar vinculado a EE. UU. para alcanzar esa normalidad política.

Hasta ese momento las relaciones entre ambos países se reducían a un conjunto de derechos que EE. UU. tenía sobre el territorio español, y que para el país norteamericano se simplificaban con el apoyo prestado al potencial militar español para que se contribuyese a la seguridad de Occidente, todo ello a través de un ahorro considerable de dinero y de esfuerzos. Para España el apoyo al conjunto militar estadounidense le garantizaba cierta seguridad en caso de agresión, ya que aunque no de manera expresa, no se pensaba que EE. UU. se desentendiera de la defensa llegado el caso. A lo largo de estos veinticinco años habían aflorado una serie de cuestiones que no podían obviarse de cara a la renovación de los tratados a partir de 1981: «era un popurri donde había un juego de intereses y finalidades de cierta complejidad»<sup>5402</sup>. El Tratado de 1976 expiraba en 1981. EE. UU. hubiera querido simplemente renovarlo, pero España no tenía los mismos propósitos, y conviene advertir que el rechazo español estaba más que justificado. Era necesario, entre otras cosas, que EE. UU. reconociese la nueva situación española. Calvo Sotelo reconoció años más tarde que el país norteamericano manifestó más interés por renovar el acuerdo que por impulsar el ingreso de España en la OTAN<sup>5403</sup>.

El 20 de agosto de 1981 el Consejo de Ministros remitió al Congreso una propuesta formal de adhesión al Tratado de Washington. En opinión de Viñas «no se supo negociar, este paso debió reforzar la posición negociadora española»<sup>5404</sup>. La tesis central del autor se basa en que España había sido el único país importante que había cedido el territorio y el uso de bases sin llevar a cabo una negociación donde las garantías de seguridad primasen sobre el resto, incluida la contraprestación económica. España no gozaba de las negociaciones llevadas a cabo con otros países, como Filipinas por ejemplo, que disfrutaba de un compromiso integral de defensa mutua aunque la contraprestación económica de EE. UU. fuese pequeña.

En España se definió una relación *diferente* con EE. UU. por comparativa con la que tenían otros países como Grecia, Turquía o Portugal. Por un lado, por las circunstancias en las que se firmaron los pactos, y por otro, por un mayor interés geoestratégico. El gobierno de la UCD (Unión de Centro Democrático) parecía tener prisa por llegar a un acuerdo, entre otras cosas porque sobre el tema de la OTAN los ánimos estaban muy exaltados. Todo ello contribuyó a que la posición española fuera bastante torpe: «los españoles hicieron gala de una postura tradicional: gran dureza en la negociación de detalles y debilidad política, en la superioridad, para asegurar lo esencial»<sup>5405</sup>.

---

<sup>5402</sup> Ángel VIÑAS, *En las garras del Águila: Los pactos con EE. UU. de Francisco Franco a Felipe González, (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 447.

<sup>5403</sup> Charles POWELL, *El amigo Americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 570.

<sup>5404</sup> Ángel VIÑAS, *En las garras...*, pp. 459-460.

<sup>5405</sup> *Ibidem*, pp. 462-463.



En el debate de dos meses de duración los temas principales fueron la petición española de garantía de seguridad, y la intención de ampliar las posibilidades de utilización de las bases por la parte norteamericana, finalizando en diciembre de 1981 con la solicitud oficial de adhesión a la OTAN. Era el momento de haber restringido los márgenes de libertad de que disponía EE. UU. en territorio español, y haber delimitado de forma expresa el mantenimiento de esas facilidades. Además, la situación empeoró aún más cuando se renunció al mantenimiento del carácter de «tratado» por el de «acuerdo ejecutivo» que proponía EE. UU.<sup>5406</sup>.

La renegociación de los acuerdos hispano-norteamericanos durante el gobierno de UCD estuvo llena de fricción. Los resultados no fueron los esperados: las propuestas españolas se rechazaron, y esto provocó la división entre diplomáticos estadounidenses más abiertos a considerar las peticiones españolas, y una línea más dura dentro del Pentágono, que fueron quienes finalmente marcaron el resultado. No obstante algunos aspectos se matizaron. Por un lado, EE. UU. no podía utilizar las bases españolas hacia otras áreas que quedaran al margen de la Alianza sin la aprobación formal del gobierno; además se cambió la denominación de lo que desde los años 60 se conocieron como «bases conjuntas» o «de utilización conjunta», por el de «instalaciones de apoyo» (IDA's) y «autorizaciones de uso» (ADUs). En septiembre de 1981 se renovó el «Tratado de Amistad y Cooperación con Estados Unidos» por ocho meses.

La adhesión de España a la OTAN tuvo lugar en mayo de 1982, bajo el gobierno de UCD, y significaba una normalización política desde el punto de vista europeo y occidental: «Es el final de un largo período secular de aislamiento», señaló el entonces presidente del gobierno español, Leopoldo Calvo Sotelo<sup>5407</sup>. Era un momento histórico y *La Vanguardia* hacía unas consideraciones de gran cordura:

Sería de desear que la política internacional española confirmara su continuidad en la pertenencia sin equívocos a la Alianza Atlántica y, en un futuro próximo, a la Comunidad Europea. Y esto lo mismo si gobiernan unos que si gobiernan otros. No hay moderación política sin continuidad histórica y respeto a los compromisos internacionales solemnemente adquiridos. Un país serio, a esta altura de la historia, no puede jugar con su política internacional. Y la opinión pública debe sentirse también responsable, con todas las consecuencias<sup>5408</sup>.

Un año antes, en septiembre de 1981, Felipe González, secretario general del PSOE, anunciaba en rueda de prensa una campaña donde la consigna era: «OTAN, de entrada, no». Según el socialista el tema de la OTAN era secundario: «en estos momentos hay otros problemas más urgentes, como pueden ser los económicos, los de desarrollo de las autonomías o el mismo esclarecimiento de la intoxicación por el aceite adulterado», advirtió ante los medios<sup>5409</sup>. Cuando tuvo que pronunciarse ante la Cámara el planteamiento se mantuvo con la misma rotundidad:

Debo empezar por decir, con toda claridad, que los grupos socialistas dirán que no a esa autorización. No queremos que España entre en la Alianza Atlántica. Y no lo queremos en primer lugar por razones de seguridad. No queremos el ingreso de España en la Alianza por razones de política interior. No queremos la integración de España en la OTAN tampoco por razones de política exterior, ni por razones de fondo, ni por razones de oportunidad, ni por el

---

<sup>5406</sup> *Ibid.*, p. 465.

<sup>5407</sup> El texto íntegro del discurso puede consultarse en: *La Vanguardia*, 11/06/1982, p. 19.

<sup>5408</sup> «Un día histórico para España», *La Vanguardia*, 11/06/1982, p. 5.

<sup>5409</sup> Matilde HERMIDA, «Felipe González destaca la inoportunidad del gobierno», *ABC*, 4/09/1981, p. 6.

modo que propone el gobierno, conviene a España ingresar en la Alianza (...). Quiero terminar diciendo que la decisión que se adopta en esta Cámara por mayoría es una decisión sólo atribuible a los grupos que la sustentan. El partido socialista, ni en el presente ni para las consecuencias futuras para España se responsabiliza de esta decisión<sup>5410</sup>.

El socialista se comprometía a someter a referéndum la permanencia en la Alianza atlántica si llegaba al poder, y ese momento llegó.

## Los movimientos pacifistas

Tuvieron su origen en el Reino Unido en los cincuenta, a través del CND, (Campaña para el Desarme Nuclear), cuyo máximo exponente fue E. P. Thompson. El pacifismo evolucionó décadas después en Alemania y otros países del norte. Sus miembros eran, entre otros, un conglomerado de descendientes del mayo francés y contrarios a la guerra de Vietnam.

1981 fue el año del estallido del pacifismo europeo. El detonante vino determinado por la insistencia de la OTAN de instalar los misiles *Pershing* y *Cruiser* para contrarrestar la amenaza soviética de los SS-20. Capitales europeas como Bonn, Londres, Madrid, Bruselas, Ámsterdam, Roma y París se convirtieron en el escenario de manifestaciones multitudinarias que advertían de la peligrosidad de un enfrentamiento nuclear entre los bloques, en el que Europa era un flanco especialmente vulnerable. Muchos de los movimientos pacifistas mantuvieron una visión asimétrica del enemigo, siendo este más peligroso en el bando del Oeste, y siendo los *Pershing* y *Cruiser* más combatidos que los SS-20, algo que enfadaba a EE. UU. pero alegraba enormemente a la URSS.

En junio de ese mismo año, desde los países nórdicos, Copenhague concretamente, y bajo el lema «Marcha para el desarme», se iniciaron una serie de manifestaciones que se fueron extendiendo por Alemania Federal, Holanda, Bélgica y Francia, así como a otros países del Viejo Continente como Italia y España. Octubre fue el mes clave en las grandes manifestaciones en las principales capitales europeas: el 10 fue en Bonn, el 24 en Roma, el 25 en Bruselas y París. A España llegaron el 15 de noviembre. En distintos encuentros multitudinarios, sobre todo en Madrid y Barcelona, se protestó por la aprobación de la adhesión de España a la OTAN en el Congreso.

El 21 de noviembre las protestas llegaron a Ámsterdam. Estos movimientos abrieron grietas importantes en muchos partidos, y tanto su propia concepción como el origen ideológico de sus miembros, dejaba aspectos un tanto sorprendentes. Así las cosas, tanto en Francia como en Holanda, contaban con el respaldo de ecologistas, comunistas y católicos. Para conocer esa amalgama es necesario referirse a una de las figuras centrales del pacifismo de los ochenta: Jan Faber, jefe del Consejo intereclesial para la paz en Holanda. Hubo también otras personalidades del mundo de la literatura, como Günter Grass o Heinrich Böll, y provenientes de otras vinculaciones, como el Partido Comunista, los 'verdes' alemanes y grupos pertenecientes a la Iglesia. Todos estos grupos convirtieron el antiamericanismo en una vertiente eficaz para sus protestas, es decir, no era sólo lo que habían hecho los estadounidenses en Vietnam ni las armas nucleares, era todo aquello que pudiera englobarse dentro de 'lo estadounidense'.

---

<sup>5410</sup> Fuente: <https://www.youtube.com/watch?v=O2jNmUVXhwY> (Fecha de consulta: 29 de mayo, 2018).

En España el movimiento pacifista se manifestó con posterioridad al resto de los países europeos, y tuvo además un trasfondo de marcada estrategia política y electoral. Con una casi recién estrenada democracia, inmersa en el proceso de la Transición, la sociedad española era menos conocedora de los temas sobre armamento nuclear, y por tanto, estaba menos sensibilizada al respecto, lo que provocó que el movimiento pacifista mantuviera cierta incoherencia. Algo que, por otra parte, tampoco difiere mucho de lo que ocurría en el resto de los países europeos. No obstante, aunque desinformados, heterogéneos e incluso poco preparados, los grupos fueron lo suficientemente fuertes como para crear un movimiento potente que recuperó un sentimiento antinorteamericano similar al de 1898, y que llenó las calles de las principales capitales nacionales de consignas contra la OTAN, contra Ronald Reagan y contra las bases militares estadounidenses.

La tesis de que tras los movimientos pacifistas se hallaba la URSS ha sido defendida por muchos teóricos. Es el caso de O'Sullivan, quien considera que «el movimiento pacifista apoyado y manipulado por la URSS»<sup>5411</sup> estaba formado por grupos muy fuertes que tenían capacidad para convocar a millones de personas y que consiguieron el respaldo mayoritario de la izquierda europea -en pleno apogeo a principios de los ochenta- y de los medios de comunicación, y que fueron muy eficaces a la hora de difundir la imagen de Reagan a la manera de pistolero apretando el gatillo con el que diseñaron muchas pancartas y camisetas. Ya lo había adelantado Brzezinski, Consejero de Seguridad Nacional durante el mandato de Carter, antes de cesar: el triunfo de Reagan provocará que «el centro y la izquierda democrática se pondrán muy nerviosos» en Europa, y «la izquierda se mostrará aún más vociferantemente antiamericana»<sup>5412</sup>. Aunque tenían la 'paz' como lema y el 'desarme' como objetivo, ni lo uno ni lo otro parecían lo pretendido. Se trataba más bien de grupos cuya prioridad se ceñía a la difusión del discurso antiamericano:

Mostraban mayor hostilidad hacia los misiles de Estados Unidos que les defendían que hacia los misiles soviéticos que les apuntaban. Y no tardaron en criticar la opción «cero-cero» por ser poco realista, cuando la hubieran aclamado como un gran avance hacia la paz mundial si la hubiesen propuesto los soviéticos<sup>5413</sup>.

En el mismo sentido se ha postulado Payne en torno a las manifestaciones que tuvieron lugar en Nueva York en el período analizado:

Grandes manifestaciones a favor de la «paz» en parte pagadas con fondos de la Unión Soviética, tuvieron lugar en varios países europeos del oeste, y en junio de 1982, 750.000 personas -apoyadas por una de las hijas del propio Reagan- llegaron a N.Y. apoyando una congelación nuclear<sup>5414</sup>.

Larrea, por su parte, se ha referido a la línea seguida por los pacifistas germánicos que preconizaban consignas en torno a afirmar que «si llega lo apocalíptico, que me importa que el cohete sea ruso o americano», dejando constancia así de las carencias de un movimiento que fue incapaz de diseñar una fórmula constructiva y eficaz para la paz, y cuyo máximo logro fue

---

<sup>5411</sup> John O'SULLIVAN, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra. Un trío que cambió el mundo*, Madrid, Fundación FAES, 2008, p. 332.

<sup>5412</sup> Charles POWELL, *El amigo Americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 553.

<sup>5413</sup> John O'SULLIVAN, *El presidente, el Papa y la Primera Ministra...*, p. 321.

<sup>5414</sup> Stanley G. PAYNE, «La presidencia de Ronald Reagan: evaluación histórica», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CCII, cuaderno I, enero-abril (2005), pp. 99-117, p. 106.



fomentar una inercia que favorecía «la inacción, la entrega y capitulación que tanto favorecen a la estrategia de expansión y dominación soviética»<sup>5415</sup>.

En la misma línea de escepticismo se manifestó Tusell criticando también la vertiente política de los movimientos:

Esto hace que los movimientos pacifistas, aunque reducidos de momento a grupos de extrema izquierda, realmente puedan tener un campo abonado para su propaganda, al que además favorecen el resto de los grupos políticos por el simple hecho de que conceden a la cuestión una importancia muy secundaria<sup>5416</sup>.

(...) Lo malo de esa ceguera es que convierte a un movimiento muy respetable por sus propósitos teóricos en un instrumento que, en definitiva, acaba por poner en peligro las libertades de todo el mundo occidental<sup>5417</sup>.

Y el respaldo soviético queda constatado incluso por los teóricos más a la izquierda como Chomsky, quién no dudó en advertir que «el objetivo político al que los soviéticos conceden la máxima prioridad es la ruptura entre Europa y los EE. UU.»<sup>5418</sup>. No era un secreto, de hecho, que la URSS se oponía al ingreso de España en la OTAN desde la argumentación del desequilibrio de fuerzas que provocaría en Europa, lo que viene a constatar que, efectivamente, es muy posible que detrás de buena parte del pacifismo estuviera el bloque soviético.

En España la vertiente antiamericana se dejó sentir con más intensidad por el tema de las bases y por los antecedentes históricos. Asimismo, y por comparativa con Europa, las consignas utilizadas y las posturas de los manifestantes guardaban cierta incongruencia: estábamos ante un pacifismo no militante en cuanto a que los ciudadanos no participaban en organizaciones de carácter pacífico. Pero es que las propias consignas tenían unas características muy concretas. Mientras que en Estados Unidos los lemas eran: «Congelemos la carrera armamentista nuclear y alimentemos a la humanidad, Abolición de las armas atómicas, Dejemos Vivir a nuestros hijos, No más Hiroshimas, Eliminemos de la Tierra la amenaza de un holocausto, decían algunas de las pancartas»<sup>5419</sup>, en España las pancartas señalaban: «Construir la paz sin armas, Por una Europa sin misiles, OTAN no, OTAN no, bases fuera, Felipe, Morán, fuera de la OTAN, Felipe, pelota, salte de la OTAN»<sup>5420</sup>. Es decir, parece que desde el principio en España el pacifismo se vinculó más a la OTAN que a la amenaza nuclear. Desde 1981 en España se había seguido con interés la corriente pacifista europea y se pusieron en marcha organizaciones muy activas, a menudo vinculadas con

---

<sup>5415</sup> Miguel CUARTERO LARREA, «Pacifismo, Desarme y No Violencia», (Ponencia en Seminario del Instituto Español de Estudios Estratégicos, diciembre 1983), *Cuadernos de estrategia*, 128, Ministerio de Defensa, (2004), pp. 161-186, p. 173.

<sup>5416</sup> Javier TUSELL, «Pacifismo y derechos humanos», *Cuenta y Razón*, 13, Septiembre-Octubre, pp. 125-130, (1983), p. 125.

<sup>5417</sup> *Ibidem*, p. 130.

<sup>5418</sup> Noam CHOMSKY, *La segunda guerra fría. Crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y su propaganda*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 8-9.

<sup>5419</sup> R. R., «Nueva York: manifestación de medio millón de personas contra la escalada armamentista», *La Vanguardia*, 13/06/1982, p. 17.

<sup>5420</sup> Jose MACCA, «Cien mil asistentes a la convocatoria de Madrid», *La Vanguardia*, 24/10/1983, p. 11.

personajes públicos conocidos, y que obtuvieron un importante respaldo entre la opinión pública<sup>5421</sup>.

### **Felipe González, presidente**

En octubre de 1982, Felipe González llevaba al partido socialista al poder y no es errado advertir que su triunfo se debió en gran medida a la campaña llevada a cabo por el PSOE en materias de defensa y seguridad, y más concretamente con el compromiso adquirido para desvincular a España de la OTAN:

El gobierno trabajará para lograr un mayor techo de autonomía para España, desvinculándola progresivamente en el plan militar del Bloque del Atlántico Norte. En consecuencia, y en la línea ya expresada anteriormente por el PSOE, en un primer momento y como medida inmediata, se congelarán las negociaciones para la integración en la organización militar. En un segundo momento, se mantendrá el compromiso contraído por el PSOE de convocar un referéndum para que sea el pueblo español el que decida acerca de nuestra pertenencia a la OTAN<sup>5422</sup>.

En líneas generales, la campaña electoral del PSOE había sido anti-atlantista, anti-bloques y pacifista. De hecho, la primera manifestación anti-OTAN y pacifista la había organizado Felipe González como secretario general del PSOE, el 15 de noviembre de 1981<sup>5423</sup>. La imagen que más caló en la retina de la opinión pública fue la recogida por los medios durante los años de oposición del grupo socialista en la que los líderes principales, Felipe González y Alfonso Guerra, habían entonado su «OTAN, de entrada, no». Formaron parte activamente de todas las manifestaciones y marchas populares anti-OTAN y a favor del desmantelamiento de las bases, pero una vez que llegaron al poder no participaron en ninguna. En junio de 1984 cien mil personas se manifestaron en Madrid bajo el lema «OTAN No, bases fuera»: «la expresión de rechazo a la presencia estadounidense más multitudinaria registrada en España hasta la fecha»<sup>5424</sup>.

Al PSOE se le presentaba un problema complejo en cuanto a que «una cosa era no entrar en la OTAN y otra, salir de ella»<sup>5425</sup>. El programa electoral con el que el partido socialista llegaba al poder tenía como compromiso la celebración de un referéndum para consultar la integración en

---

<sup>5421</sup> Por citar algunos: «Mujeres por la paz»; «Comité anti-OTAN»; «Asociación por la paz y el Desarme»; «Movimiento de objeción de conciencia»; «Movimiento por la paz, el desarme y la libertad»; «Comités anti-nucleares»; «Comités y asambleas anti-imperialistas».

<sup>5422</sup> Celestino ARENAL y Francisco ALDECOA, *España y la OTAN, Textos y documentos*, Madrid, Tecnos, 1986, p. 332.

<sup>5423</sup> «La victoria del PSOE de octubre de 1982, la movilización popular que sobre el «tema OTAN», impulsó el PSOE, contribuyó a tales resultados. (...) Y no cabe ocultar que en la campaña a floraron estridencias anti-norteamericanas». Ángel VIÑAS, «Los pactos con EE. UU. en la España democrática 1975-1995», pp. 245-299, en: Lorenzo DELGADO y María Dolores ELIZALDE (coords.): *España y EE. UU. en el siglo XX*, Madrid. CSIC, 2005, p. 247.

<sup>5424</sup> Charles POWELL, *El amigo Americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 604.

<sup>5425</sup> Fernando MORÁN, *Una política exterior para España*, Barcelona, Planeta, 1980. Citado por Ángel VIÑAS, *En las garras del Águila: Los pactos con EE. UU. de Francisco Franco a Felipe González, (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 456.

esa organización y el replanteamiento de las relaciones con EE. UU. Por eso nada más ganar los comicios se anunciaron como medidas inmediatas la paralización del proceso de integración en la OTAN, la firma de un protocolo adicional al Convenio suscrito con EE. UU. para fijar que ninguna cláusula condicionara la integración española a la OTAN, y la celebración de un referéndum<sup>5426</sup>.

El referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN se celebró el 12 de marzo de 1986 y costó unos ocho mil millones de pesetas. Así se pronunciaba un analista sobre aquellos acontecimientos.

Nos encontramos en uno de los momentos más extraños, ridículos y quizá trascendentales de nuestra historia. Si no fuera por esta última trascendencia, diría que también de los más cómicos. Un Gobierno con una mayoría de diez millones de votos convoca el único referéndum, quizá, que tiene unas ciertas posibilidades de perder. Ello de por sí ya es una larga torpeza y a la vez una muestra de imaginación pervertida por el poder<sup>5427</sup>.

Y cierto es que la situación creada adquirió tintes de sainete. Felipe González que había hecho una campaña con «OTAN, de entrada, no», pedía ahora el 'Sí', y amenazaba con marcharse si no salía victoriosa la permanencia, algo que sin duda, pudo influir en los resultados. Por su parte, el grupo de Coalición Popular liderado por Fraga Iribarne, manifiestamente proatlantista y pronorteamericano, pedía la abstención. Los resultados fueron favorables para el socialista, quien, aunque por un margen muy pequeño, (52,5%), consiguió los resultados de permanencia y cumplió con su electorado. En un mensaje televisado la misma noche del referéndum, Felipe González, anunciaba que a partir de ese momento trabajaría «por la paz y la distensión»<sup>5428</sup>.

El debate entre la clase política, la opinión pública y los medios de comunicación fue intenso. El protagonismo de los medios de comunicación, testigos del tono de las manifestaciones en la calle, dibujaba un horizonte donde se entremezclaban los hechos reales con las verdades a medias. Si la izquierda se había quejado de la desinformación de la que fue objeto en la época de UCD para su adhesión a la OTAN, ahora le tocaba sufrir el acoso de la clase política y de los medios de comunicación en torno al referéndum. Sobre este último, la propia formulación de las preguntas condicionando las respuestas recibió muchas críticas.

En definitiva, el PSOE llegó al poder en medio de grandes controversias entre la izquierda y la derecha sobre asuntos internacionales que pronto empezaron a tomar forma y se fueron acrecentando. Hasta 1984 se sostuvo una situación que los analistas denominaron de «ambigüedad calculada», presentando en octubre de ese mismo año el llamado «Decálogo sobre defensa y seguridad»<sup>5429</sup>.

En materia de política exterior el gobierno socialista, desarrolló tres líneas estratégicas: el acercamiento a la Comunidad Europea, un reforzamiento de lazos con el Tercer Mundo y las relaciones con América Latina. Esta triple fórmula se encuadraba en el marcado sentimiento

---

<sup>5426</sup> Encarnación LEMUS y Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES, «Transición y política exterior (1975-1986)», pp. 517-538, en: Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel Historia, 2003, p. 531.

<sup>5427</sup> Néstor LUJÁN, «El referéndum por el referéndum», *La Vanguardia*, 26 de febrero, 1986: 5.

<sup>5428</sup> «Tras la victoria del 'sí' en el referéndum, Felipe González promete trabajar por la paz», *El País*, [https://elpais.com/diario/2003/02/11/portada/1044918019\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2003/02/11/portada/1044918019_850215.html) (Fecha de consulta 11/06/2018).

<sup>5429</sup> Encarnación LEMUS y Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES, «Transición y política exterior (1975-1986)», pp. 517-538, en: Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel Historia, 2003, p. 532.

antiamericano como línea de fondo de la política que había desarrollado el PSOE cuando estaba en la oposición. Recordamos aquí un ejemplo sobre lo anterior. En la visita del presidente Gerald Ford a España en mayo de 1975, el entonces embajador de EE. UU. aquí, Wells Stabler, recomendó, tanto al presidente como a Kissinger, que mantuvieran entrevistas con miembros de la oposición. Y así lo intentaron; uno de los posibles interlocutores era Felipe González: «hasta tal punto estaba enraizado entonces entre los socialistas el sentimiento antiamericano (...) que se pasaron tres meses, después de recibir la invitación, decidiendo si les interesaba que alguno de sus miembros se reuniera con funcionarios de EE. UU.»<sup>5430</sup>.

### Bases fuera...

Ocho años duraron las tensas negociaciones entre EE. UU. y España para elaborar un nuevo Convenio que atendiera las necesidades y expectativas de las dos partes. La nueva negociación cerraba una etapa amarga y polémica sobre las relaciones bilaterales entre los dos países, y abría paso a una situación de normalidad, no siempre exenta de reproches<sup>5431</sup>.

Desde que empezaron las negociaciones con EE. UU. una vez que el gobierno socialista llegó al poder, y hasta diciembre de 1988, momento en que se firmó el «Convenio de Cooperación para la Defensa, España y los Estados Unidos», los contactos entre ambos países fueron muy tensos. El por entonces gobierno socialista tuvo que diseñar varias estrategias para poder presentar una política exterior que cumpliera con las expectativas del electorado. Fue una especie de doble juego del gobierno del que la hemeroteca da cumplida cuenta, sobre todo *La Vanguardia* y *ABC*. Pero no sólo. *El País* fue también duro con el gobierno socialista y criticó tanto su ambigüedad como las distintas crisis que iba creando Fernando Morán<sup>5432</sup>. Parece acertado pensar que el gobierno español seguía una estrategia encaminada a contentar a la izquierda molesta, a los militantes y al conjunto del electorado, mientras se trataba de demostrar cierta coherencia en política exterior<sup>5433</sup>. Algo que difícilmente podía conseguirse desde una posición diametralmente opuesta a la campaña de imagen que le había otorgado una visibilidad tan rotunda antes de la llegada a Moncloa: «OTAN, de entrada, no». En mayo de 1983, González manifestaba en Bonn ante Helmut Kohl su respaldo a la doble decisión de la OTAN de la instalación de los misiles *Cruise* y *Pershing* en Europa occidental.

---

<sup>5430</sup> Montserrat HUGUET SANTOS, «La política exterior del franquismo (1939-1975) », pp. 495-515 en: Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel Historia, 2003, p. 509.

<sup>5431</sup> Más información sobre las negociaciones: Carlos ALONSO ZALDÍVAR, «España y los Estados Unidos, Cambios y actores en la realidad internacional 1989, algunas claves para interpretarlos», *Anuario Internacional CIDOB*, (1989), pp. 31-51. Celestino ARENAL y Francisco ALDECOA, *España y la OTAN, Textos y documentos*, Madrid, Tecnos, 1986. Antonio MARQUINA BARRIO, «El acuerdo de principio entre España y los Estados Unidos», *Cuenta y razón*, 35, (1988), pp. 97-102. Florentino PORTERO, «La política de seguridad, 1975-1988», en: Javier TUSELL (ed.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 477-501. Ángel VIÑAS, *En las garras del Águila: Los pactos con EE. UU. de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003.

<sup>5432</sup> «Incompetencia, ridículo, confusión», *El País*, 16/09/1984. [https://elpais.com/diario/1984/09/16/opinion/464133610\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/09/16/opinion/464133610_850215.html) (Fecha de consulta: 14/06/2018).

<sup>5433</sup> Ángel VIÑAS, *En las garras del Águila: Los pactos con EE. UU. de Francisco Franco a Felipe González, (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 477.

Felipe González había viajado a Washington y Nueva York en junio de 1983 para iniciar los contactos diplomáticos con la primera potencia, y para mantener conversaciones con respecto a la reducción de las bases. En octubre de 1984, dentro de la estrategia de acomodación que tuvo que llevar a cabo para preparar el clima sobre el que celebrar un referéndum y pedir el 'Sí' a la OTAN, dio a conocer en el Congreso, lo que llamó «una política de paz y seguridad para España»: el decálogo. Se incluían una serie de aspectos, de los que conviene destacar la línea argumental que mantendría Felipe González de cara a la opinión pública: la no introducción de España en la estructura militar de la OTAN y la reducción de la presencia militar norteamericana. El decálogo recogía además la desnuclearización del territorio español, la firma del tratado de no proliferación de armas nucleares y la progresiva europeización de nuestras fuerzas armadas.

Dentro de ese doble juego del gobierno debemos enmarcar la visita de Ronald Reagan a Madrid en mayo de 1985 como colofón a su gira europea tras una cumbre del G-7. La estancia de apenas cuarenta y ocho horas del republicano sirvió para aumentar una indisposición con EE. UU. y para crear momentos diplomáticos incómodos y prescindibles, en lugar de para establecer un clima de confianza que facilitase las negociaciones<sup>5434</sup>. Fernández Ordóñez, de carácter más pronorteamericano, había sustituido a Fernando Morán como responsable de Exteriores, en aras de enderezar la situación diplomática. Algunos de los lemas y consignas más coreados durante las protestas que se desarrollaron en España antes y durante la visita de Reagan fueron los siguientes:

- «OTAN no, bases fuera».
- «Reagan, cuatrero, fascista y pistolero».
- «Felipe, pelota, salte de la OTAN».
- «Dónde está, no se ve, el cambio del PSOE?».
- «Reagan al cielo como Carrero».
- «Felipe, recuerda, el cambio está en la izquierda».
- «Colón, ¿qué hiciste? ¿Por qué los descubriste?».
- «Madrid será tu Dallas»<sup>5435</sup>.

Las tensiones entre ambos países dieron mucho que hablar dentro y fuera de nuestras fronteras. Viñas recoge una anécdota que da constancia de hasta qué punto las relaciones entre ambos países estaban deterioradas en aquel momento:

González, se reunió en septiembre de 1985 con el secretario de estado, George Shultz. El momento culminante se produjo cuando Shultz afirmó que los Estados Unidos no se quedaban donde no se les quería. Puesto que los españoles daban a entender que eso era precisamente lo que deseaba el gobierno, los norteamericanos estaban dispuestos a marcharse. Con aplomo, González respondió que no era lo que pretendía pero que si querían irse habría que empezar a perfilar las modalidades de la salida. Uno de los colaboradores de Shultz cortó de inmediato pretextando que había habido un malentendido en la interpretación<sup>5436</sup>.

---

<sup>5434</sup> Un análisis detallado de dicha visita puede consultarse en: Coral MORERA HERNÁNDEZ, «Un republicano en la Moncloa: La visita de Ronald Reagan a la España de 1985», *Revista Tribuna Norteamericana*, 6, (2011), pp. 1-40.

<sup>5435</sup> Extraídos de: *La Vanguardia*, 6 de mayo, 1985, p. 2.

<sup>5436</sup> Ángel VIÑAS, *En las garras del Águila: Los pactos con EE. UU. de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 484.

Tres años consecutivos duraron las negociaciones entre España y EE. UU. para la firma del «Convenio de Cooperación para la Defensa». Durante esos años, la democracia fue testigo de un largo debate donde todas las fuerzas políticas, y la mayoría de la opinión pública, se vieron inmersas en una situación compleja y no exenta de confusión. Además, se tuvo que asistir a la celebración de un polémico referéndum en marzo de 1986 para confirmar la permanencia española en la Alianza Atlántica.

A la democracia española se le presentó la ineludible tarea de recomponer las relaciones bilaterales con un país al que estaba vinculado desde 1953, y a la vez conseguir que esas nuevas relaciones no hicieran mella en una opinión pública resentida por la firma de los EE. UU. con Franco. Alonso Zaldívar señala a este respecto el cambio de percepción, e incluso de actitud, para con la Francia de Mitterrand cuando decidieron empezar a colaborar con España en la lucha contra el terrorismo de ETA, y la que se mantuvo con Estados Unidos durante la etapa de las negociaciones. Aquel acercamiento tuvo mucho que ver con el hecho de que Francia tuviera intereses económicos y no filantrópicos en la venta de trenes de alta velocidad a España; sin embargo, no se puede hablar del recelo ni del resentimiento hacia el país galo, con el tono y la intensidad de la vertida contra el país norteamericano<sup>5437</sup>. Las nuevas negociaciones abrían un camino para el acercamiento que bien hubiera podido modificar algunas ideas heredadas y nocivas, sin embargo, en el período que se abrió en 1985, cabe hablarse más de tensión que de acercamiento entre ambas naciones. La actitud del gobierno español -incluida la televisión pública- durante la visita de Ronald Reagan a España, sin duda, no contribuyó a mejorar esa situación.

Mientras que Estados Unidos se plantó en la 'continuidad' de los pactos como hasta el momento, la parte española, reclamaba una 'reducción substancial' recalcando que ésta no afectara a la defensa occidental. Ambos planteamientos eran muy obtusos. No se podía continuar como hasta el momento como pretendía Estados Unidos porque en España la situación era muy diferente a la de circunstancias anteriores; y tampoco se podía llevar a cabo una reducción substancial sin alterar la defensa occidental como mantenía España. La argumentación española, de hecho, fue respondida por EE. UU. al señalar que España no disponía de las dotaciones necesarias para defenderse en caso de agresión, lo cual, era una verdad palmaria. El punto de partida de las negociaciones en términos reales se planteaba desde unas pretensiones españolas un tanto inalcanzables, y unos deseos norteamericanos de continuidad que no contribuían a sembrar un clima adecuado sobre el que empezar a hablar.

No deja de resultar curioso el siguiente dato. El grado de conocimiento de la política exterior de la opinión pública española en las encuestas realizadas entre 1983 y 1987, revelaba lo siguiente: por una parte, la mayoría de los encuestados no se sentían amenazados por ningún país, y por otra, la minoría que sí sentía una amenaza, identificaba a EE. UU. o a Marruecos con los agresores. Cabe pensar el grado de confusión que podía albergar en la opinión pública presentar como aliado a un país que era percibido como un enemigo<sup>5438</sup>.

El 'tira y afloja' de las negociaciones colocaba a ambos países en distintos escenarios. EE. UU. quería que España se involucrase más en la defensa occidental, y como consecuencia de lo anterior, se derivasen incrementos o reducciones de bases norteamericanas. España, sin embargo, se mantenía firme en su planteamiento: la reducción de bases en territorio español era condición

---

<sup>5437</sup> Carlos ALONSO ZALDÍVAR, «España y los Estados Unidos, Cambios y actores en la realidad internacional 1989, algunas claves para interpretarlos», *Anuario Internacional CIDOB*, (1989), pp. 31-51, p. 39.

<sup>5438</sup> *Actitudes y opiniones de los españoles ante las relaciones internacionales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987, pp. 53-54.



indispensable a partir de la cual se retomarían las conversaciones. Desde una argumentación basada en la distinta situación política, nacional e internacional de la España de los ochenta, y en la que los temas de defensa no eran la prioridad de antaño al estar protegida por la OTAN, España estaba dispuesta incluso a renunciar a ayudas económicas, como así fue finalmente.

Hasta que comenzaron las nuevas negociaciones a partir de 1985, las fricciones siempre habían terminado en un intercambio de bases por dinero. Ahora la situación era distinta, y España no esperó mucho tiempo para hacérselo saber a EE. UU. Se aceptaba cierta flexibilidad en cuanto a la reducción de bases pero ésta debía producirse; de hecho la reducción fue ínfima pero sirvió como argumento para un gobierno que cumplía las promesas electorales ante sus votantes.

Es posible que EE. UU. no fuera sensible a la delicada situación política española y a sus antecedentes, pero no es menos cierto que no alcanzasen a comprender la radicalidad de algunas posturas, cristalizadas en España y en su opinión pública, como la entrada y salida de la OTAN. En pocas palabras, para los Estados Unidos resultaba incomprensible que una vez que España era miembro *de facto* de la OTAN, confirmando la decisión en referéndum, se tomase como primera medida la retirada de bases en suelo español. Esto sin duda era una contradicción francamente curiosa. Desde España se defendió argumentando acerca de la subordinación de la que había sido víctima nuestro país, es decir, era una manera de desquitarse del sometimiento estadounidense. Durante muchos años España, sin ser miembro aliado, había contribuido a la defensa y había permitido la nuclearización de su territorio, así como la inclusión de cláusulas secretas de dudosa legalidad. Ahora quería contribuir a la defensa occidental como un aliado más pero sujeto a su situación política en los años ochenta y no bajo una dictadura de los cincuenta.

Las reuniones se fueron desarrollando y concretando en torno a tres puntos principales: los efectos de la seguridad occidental tras la retirada del Ala 401, el gasto derivado de dicha retirada y el futuro de las relaciones entre ambos países<sup>5439</sup>. De estos tres aspectos, fue el de la retirada del Ala 401 el punto que planteó mayor reticencia por la parte norteamericana. La retirada, aunque simbólica -tan sólo unas decenas de aviones- tenía un peso político importante que EE. UU. nunca llegó a entender. Una vez retirados los aviones se autorizaba la realización de entrenamientos en suelo español si era necesario, lo que aumentaba la obstinación de EE. UU.: ¿Por qué entonces se pedía retirar fuerzas?

Las negociaciones fueron tomando forma aunque el malestar de EE. UU. se tradujo en una presión económica. El Congreso estadounidense negó fondos al Pentágono para la retirada de fuerzas e hizo constar que era la OTAN la que debía asumir los gastos. Esta medida de presión e indisposición española con el resto de los miembros que debían asumir dichos gastos, obligó a España a argumentar acerca de los beneficios que obtenía la OTAN con la modernización de las fuerzas armadas españolas y con la negativa a solicitar ayudas económicas con el nuevo convenio, que sin duda compensaban el gasto de la Alianza<sup>5440</sup>.

El nuevo Convenio se firmó finalmente el 1 de diciembre de 1988 bajo tres postulados principales: España renunciaba a ayudas económicas o militares, la duración podía extenderse a ocho años, y se podría derivar en acuerdos sobre el uso del territorio y bases en caso de crisis. Las bases salieron de España con destino a Italia, donde fueron recibidas con satisfacción.

---

<sup>5439</sup> Carlos ALONSO ZALDÍVAR, «España y los Estados Unidos, Cambios y actores en la realidad internacional 1989, algunas claves para interpretarlos», *Anuario Internacional CIDOB*, (1989), pp. 31-51, p. 42.

<sup>5440</sup> *Ibidem*, p. 46.

## **Algunas conclusiones**

El debate sobre la permanencia en la OTAN y sobre la retirada de las bases estadounidenses de suelo español abrió una grieta profunda en la sociedad española y en buena parte del electorado socialista. El gobierno de Felipe González permitió que el discurso antiamericano inundara las calles, y que las imágenes fueran difundidas de forma reiterativa por la televisión estatal durante la visita de Ronald Reagan a España, el último presidente estadounidense en visitar nuestro país de manera oficial. Fue una cortina de humo que permitió amortiguar tanto la división del partido como la crispación social que se gestó en las calles en pleno apogeo de los movimientos pacifistas. Hablamos del antiamericanismo de izquierdas que se gestó durante la Guerra Fría, y que ha sido el más fértil y prolífico debido a una labor muy intensa, forjada durante años, y que se tradujo en unos efectos muy profundos sobre las conciencias de varias generaciones.

Las relaciones entre España y Estados Unidos han guardado ciertas dosis de anomalía, además de estar rodeadas de polémica y tensión. Podríamos considerar que en la actualidad, y ello a pesar de la singularidad del actual presidente estadounidense, las relaciones con el país norteamericano alcanzan un grado de normalidad que no se ha conocido en otros períodos. El sentimiento antiamericano ha sido, de forma reiterada, una herramienta muy eficaz en la movilización de la opinión pública española, quien, sin embargo, no ha mostrado de ordinario un gran conocimiento e interés sobre asuntos internacionales, al menos sobre los momentos a los que se alude en la presente comunicación. Alonso Zaldívar hablaba de recelo y resentimiento; para nosotros se trata fundamentalmente de estrategia. La que han seguido algunos políticos para desviar la atención de asuntos internos en situaciones en las que se han visto especialmente comprometidos o con fines de distinta índole. De tal forma, podemos advertir que se hizo en la guerra del 98, en los años 80 y con posterioridad en el año 2003 con motivo de la guerra de Irak. Sobre este último acontecimiento baste recordar el episodio que protagonizó Rodríguez Zapatero como líder de la oposición ante el paso de la bandera estadounidense durante el día de la Hispanidad. En determinados momentos en España se ha hecho política interior a costa de los Estados Unidos, y más concretamente a costa del antiamericanismo.